

convirtiendo á don Fernando en el amigo íntimo, en el inseparable compañero.

Doña Atanasia no siguió á la compañía dramática, sino que permaneció bajo el amparo de don Fernando, quien acababa de arreglar la cuestión hacendaria de la manera más conveniente; cuestión que, como se comprenderá, se complicó doblemente con motivo de la silba que disolvió la compañía y con la rescisión del contrato de Isolina.



CAPÍTULO XII.

ALGUNAS COSITAS Á PROPÓSITO DE
ESTO: LA FAMILIA.

DOÑA Atanasia, Pico é Isolina constituían ya una de las familias que vivían á expensas de don Fernando; solo que esta clase de familias formadas por circunstancias que no son el origen universal de la familia, presentan anomalías y contradicciones extrañas, como toda situación anormal y violenta.

La paz doméstica y la felicidad del hogar, solo se encuentran en esas familias en las

que á primera vista puede decirse: éste es el padre, ésta es la madre y éstos son los hijos, que constituyen esta familia. Allí donde los lazos del cariño son solamente esos vínculos sagrados del esposo y la esposa, de los padres y los hijos, allí y solo allí está la paz; pero si bajo el techo del hogar os encontrais la mezcla y la confusión de las fisonomías que no llevan manifiesta en cada sonrisa, en cada mirada y en cada linea, uno de esos tres títulos sagrados, afirmad sin temor de equivocaros, que allí está la guerra sorda, la formidable guerra de las mujeres; allí están todas las pasiones viviendo á la sombra de todos los afectos puros; allí están hasta los crímenes, viviendo solapados con las caricias castas y con las delicias aparentes de la familia.

No hay ley más sabiamente severa, que la de la institución de la familia, pero de la familia primitiva, de la familia que se erije solo sobre esta piedra fundamental: el amor de los esposos y el amor de los hijos: sobre estos dos amores está la bendición del cie-

lo; en aquella casa está el amor de Dios.

Pero ingertad en esas tres flores del amor eterno á los parásitos del infortunio; arrojad allí algunas de esas hojas desprendidas de su arbol; incrustad en el hogar esas adiciones cuyo terrible nombre pronuncia todo el mundo con horror; soltad en el hogar más feliz del mundo esos elementos disolventes que se llaman *suegra*, *cuñado*, *huérfano*, *tio* y *pariente político*, y aquel ramillete de flores lo vereis á poco tiempo, como el ramillete que teneis en un vaso sobre vuestra mesa: las flores se conservan frescas el primer día y nos encantan con su aroma, nos seducen con sus vivos colores; á los pocos días ya no tienen aroma, y más tarde los vástagos y los pedículos sujetos dentro del mismo vaso y ahogados en la misma agua, comienzan á despedir un olor desagradable; allí hay descomposición y desarrollo de gases; allí está el elemento de la disolución y de la muerte; y, ó mandais arrojar el ramillete por la ventana, ó sopor-tais sus miasmas; y después no quedará so-

bre vuestra mesa sino una momia floral, asquerosa y despreciable.

La intuición de estas verdades es la fuente, es el origen, es la razón de esa sonrisa de desdén y hasta de burla con que circulan, aún en la clase vulgar, los nombres de *suegra*, *cuñado*, *pariente*, *nuera* y *yerno*.

De otra manera ¿cómo se podría explicar que estos títulos de parentesco estén, sin previo acuerdo, entregados incesantemente al desprecio público y hasta al ridículo? ¿De qué otro modo podríamos explicarnos las impresiones diametralmente opuestas que casi en todos y con poquísimas excepciones nos causan estas dos palabras.

«Madre.—Suegra»

Es el espíritu de esa ley irrevocable y eterna que instituye la familia y la sostiene y la edifica con los vínculos sagrados de este triple amor:

Dios: los esposos: los hijos.

De manera que cuando en una casa sorprendais las terribles escenas de la disolución, cuando el formidable ruido de la dis-

cordia doméstica llegue á vuestros oídos con sus lágrimas y sus denuestos, sus desgreñamientos y sus berrinches y sus peripecias desgarradoramente cómicas, buscad en un rincón á la doncella rancia, huérfana, recogida, que ha protestado diez años callada, pero elocuente en su silencio, contra una suerte de que os hace responsables; buscad una tía narigona y enferma del hígado que tiene un genio insoportable, pero que no tiene á donde irse. Buscad al cuñado que llegó borracho, al parásito que regañó á un criado, á la suegra que mina el matrimonio, al pariente político que se cree el amo, al huésped que se permite aclimatarse porque se encuentra bien, al primo que no tiene destino, al hermano de fulanita que se puso vuestros botines, á la prima que estrenó el vestido de la esposa, y á todos los *adláteres*, en fin, á todas esas hojas sueltas que, al grito de ¡*comamos!* van á minar, á roer vuestra piedra fundamental y á marchitar hasta la putrefacción vuestro ramo de flores.

México, que está muy lejos de acordarse de la vida patriarcal, y que en medio de sus costumbres muelles ha logrado no parecerse ni siquiera á los españoles, presenta á miles los ejemplos de la familia en putrefacción, como el ramo de flores.

La vida patriarcal, de la que todavía hay ejemplos numerosos y palpitantes en España y en otras partes, presenta al pintor esos cuadros en los que, una familia se despide del mancebo, hijo mayor, de quien sus padres se desprenden bendiciéndolo, tal vez sin más razón que la que la sabia naturaleza ha tenido para poner un muelle en el ovario de las flores, para que cuando la semilla esté bien nutrida y capaz de germinar sola, esta semilla sea arrojada lejos de la planta que le dió el ser.

Esto, en concepto de muchos, es una atrocidad, y aquellos padres tienen entrañas de tigre.

Procurar que tanto el hombre como la mujer, deje de ser simple consumidor, desde el momento que puede ser productor,

es también una tiranía y una ranciedad á la que no nos avenimos.

Acatar, en fin, esa suprema ley de la institución de la familia, y dejar que esta crezca, se desarrolle, y después se subdivida para multiplicarse en varias familias; pero sola, sin que la ayuden, sin parásitos, sin ingertos y sin adiciones, es también una severidad brutal, muy buena para los pastores, para las familias patriarcales de las provincias de España y para otras gentes; pero para nosotros, tan muelles, tan cariñosos, tan apañalados, esas enérgicas resoluciones fundadas en principios incontrovertibles y eternos, son un dédalo de sinsabores y de impresiones violentas de que huímos á toda costa, porque al fin la vida dura poco, y somos además muy caritativos y tenemos muy buen corazón.

De manera que, tenemos un hijo, fruto precioso de nuestro amor, lo queremos con todas nuestras fuerzas y no vivimos más que para darle gusto; llega á los veinte años y tiene hasta cuarenta pesos de sueldo en

una oficina, y el pobrecito se enamora perdidamente de una polla, y empieza á venir tarde y á darnos guerra, hasta que un día, con la bendición del señor cura y el negocio del registro civil, le destinamos en la casa una pieza para él y su mujercita, que es una niña muy bonita que nos quiere mucho, y no cabemos en nosotros mismos de felicidad, porque acabamos de hacer esta estupenda barrabasada:

Dos familias en una.

¡Qué solución tan expeditiva! ¡qué idea tan luminosa! Todo se concilió, todo se arregló, y hasta sobra con los cuarenta pesos del nuevo maridito; y papá y mamá, y tías y parientes exclaman con indecible candor:

—¡Si no parecen casados!

Estas dos frases que, al olor del mole de guajolote fueron el ideal sublime de la felicidad futura, no son más que las dos hojas de una puerta que se abre más tarde para dar entrada á todos los sinsabores de la guerra doméstica, á la disolución de todos

los vínculos en la pendiente de todas las aberraciones y de todas las faltas: y allí nacen la venganza, el odio, las rencillas, el adulterio, el mal ejemplo, la corrupción, las liviandades y el escándalo

Aquellas flores se pudren, y el ramillete momia es el único adorno del hogar profanado y triste.

De la comparación entre la familia primitiva y la familia actual, resulta el corolario de entidades curiosas y dignas de estudio.

Las condiciones climatéricas y la degeneración de la raza van relegando por centenares al seno de las familias los ejemplares de esa falange de desheredados de la suerte; tías flacas, doncellas de treinta abriles mortales; incasables solteras que padecen de los nervios, del pulmón y de otros achaques; excedencias de ramillete de la juventud, que cosen y tosen, que oyen su misa con devoción y comen en casa de su tío, de su hermano ó de sus parientes; adherencias inextirpables del hogar, hojas sueltas, broches sin macho que solo se pueden

vender por alambre, y cuya única misión sobre la tierra es aumentar el censo de la población con sus personas pura y sencillamente consumidoras.

Este gremio de nones, se abroga, á más no poder, un papel en la familia; pero ninguno le es propio ni le viene bien: cuidan á los niños sin ser nodrizas, cosen sin ser costureras, guisan sin ser cocineras y hacen dulces indispensablemente, que es su especialidad; rezan mucho, mucho más de lo que rezan las demás mujeres, y cada una de sus espontáneas haciendas la abonan, escrupulosamente, al debe y haber de su subsistencia, y creen haberse *granjeado el pan nuestro de cada día* como resultado inmediato, palpable y milagroso de la novena, del viacrucis y de otras devociones buenas que tienen; por lo demás, son perfectamente inútiles, incapaces de producir, pero aptas para consumirlo todo; se visten cada año como los árboles y parcialmente, heredan prendas, se avienen desechos y aún suelen engalanarse si la casa se deja.

Son además el argos, la policía, el dragón de la casa; no solo de dentro á fuera, sino en los más recónditos senos de la vida doméstica; saben espiar, comentar y desnudar cada poridad y cada secreto íntimo; están al tanto de todo lo que pasa desde el escritorio hasta la cocina; su vida es un espionaje continuo, un continuo análisis; tienen cierto aire de humildad y resignación, y más confianza con los criados, con quienes dialogan largamente; son las cómplices inmediatas de las infidelidades conyugales; consejeras pérfidas y amigas falsas.

Matriculadas formalmente en el gremio de las feas, están inoculadas con esa ponzoña de la envidia que mata lentamente.

Los parásitos del otro sexo dan, y con mucho, resultados más funestos y de más lamentables trascendencias.

En este país de bendición, tal vez el único en su especie, vive una considerable porción de excedentes sobre todas las listas civiles, sobre todos los productores de todo género.

Cubiertas todas las vacantes, provistos todos los empleos, dedicados hasta á vender cigarros, encajes y listones, algunos miles de atléticos y barbudos cajoneros, sobran todavía algunos miles de excedentes que viven *de ver qué hacen*.

¡Y viven!

Sin los restos de un patrimonio, sin el capital moral de una profesión, sin el salario de un destino, sin el recurso de una industria, vagan diariamente y pululan por todas partes esos individuos escuálidos ya y desmejorados en virtud de una prolongada dieta forzosa, que se ha convertido en su estado normal.

A medida que el sol calienta esas *hojas sueltas*, salen de sus respectivos nidos *á ver qué hacen*; y van invadiendo el café de San Agustín, el del Progreso, el Infiernito, el atrio de Catedral, las bancas de fierro del jardín de la plaza, el palacio de justicia y los portales.

Por todas partes se tropiezan y se saludan los que han salido *á ver qué hacen*; sin

más bello ideal, sin más sueño dorado, sin más mundo que una peseta.

Y en la tierra de promisión, en la bonachona capital de la república, casi sin excepción, después de algunas horas, esos centenares de excedentes han realizado su sueño, han visto el cielo abierto, han conseguido la peseta.

¡Y viven!

¿De dónde han brotado tantas pesetas? ¿qué mina milagrosa provee á los que salen *á ver lo que hacen?*

Inventad todo cuanto podais, recurrid á todos los arbitrios, forjad desde el embuste hasta el crimen, desde la estafa hasta el juego, desde el empeño hasta la venta fraudulenta; poned á contribución el azar, el hurto, la caridad, la mala fé, la intriga, el cobro, el petardo, las buenas acciones, los abonos, los pequeños negocios, las grandes transacciones, y todo, en fin, cuanto os sugiera vuestra imaginación, y encontrareis la mina, esa mina milagrosa que no se agota, y que sostiene á centenares de familias por meses y por años, *viendo lo que hacen*.

Estas hojas sueltas, estos *ceros sociales*, como los llamó Hipólito Seran, son el fomento de los litigios, de los petardos, de las estafas, del juego, de los robos, del plagio y de las revoluciones; para ellos son las casas de empeño, las de juego, los cafés sucios, las loterías y las banquetas de las calles.

Hay quienes hayan sentado plaza de *hoja suelta*, porque jamás han vivido de otro modo: otros atraviesan ese periodo que llaman *la de malas*, de una manera transitoria, y los que desaparecen del círculo, aparecen después engrosando las filas de los pronunciados; porque desesperados *se han lanzado, por fin, á la revolución*; otros resultan ejecutados como plagiarios; otros colocados y disfrutando *de la de buenas*.

Y estas hojas sueltas tienen mujer é hijos á quienes ven cada veinticuatro horas, como ciertas aves de rapiña que anidan en rocas inaccesibles y distantes, y cada hogar, cada nido de esos pájaros que salen *á ver lo que hacen*, son otras tantas cloacas en donde vegetan una mujer desgredada, sucia y ena-

genada con la atonía de la miseria, y unos hijuelos, embriones de pillo y futuros gusanos consumidores del pan de los extraños.

Y no obstante estudiad esas hojas sueltas; tienen todavía risa en los labios, aún apuran *fósforos* (café con aguardiente), aún están de gresca, y hasta pueden olvidarse de sí mismos, y hasta perdonarse.

He aquí una de las más encomiadas virtudes del carácter nacional; aquí nada se toma por lo serio, ni la miseria.

Hay ciertos dioses penates bajo cuyo amparo vivimos sin darnos mucho cuidado las vicisitudes del porvenir, entre nosotros todo es transitorio, no parece sino que cada quien tiene presente la corta duración de la vida y está felizmente conforme con todo.

Esos dioses penates se llaman «*bolichada*»—«*negocitos que no faltan*»—«*la de buenas*»—«*se hizo la mía*»—«*proyectito*»—«*entompeatada*»—«*gregorito*»—«*busca legal*»—«*echar tratada*»—«*cambalachear*»—«*ingeniarse*»—«*buscar la mosca*»—«*no ser manco*»—&c.—&c.

Entre estas entidades encontrareis quien os entretenga días enteros con el relato de sus calaveradas, de sus alternativas, de sus peripecias; encontrareis quien os cuente, como un hecho heroico, como una acción que estais obligado á aplaudir, que el día en que se casó no tenía con qué amanecer al día siguiente.

Otro os dirá que vivió dos años merced á un compadre suyo, con quien por fin tuvo un disgusto y que ya no se hablan.

Otro os dirá con increíble descaro:

—Yo nada tengo, ni soy nada; pero á mi familia nada le falta.

—¿Está usted colocado? le preguntais á otro, y os dirá:

—¡No! ¡qué colocación! si las cosas están peor cada día.

—¿Pues qué hace usted?

—Buscar la vida.

—¿Qué anda usted haciendo?

—Nada, os dice un barbón, ando tras de la *amanezca*.

—¿Y usted?

—Voy á ver lo que hago, figúrese usted, que en mi casa no hay ni lumbre.

Y enseguida se ríe aquel buen hombre, como si os dijera que se ha sacado la lotería.

—Ahora sí, exclama un *bruja*, ya está aquí el desayuno de la familia, vamos á echar una carambola y aquí hay un real para dos copas de catalán.

—¿Y mañana?

—Dios dirá.

Por supuesto que este Dios que ha de decir algo, es de los penates que hemos hablado, porque el tal tiene sus esperanzas en una estafa.

No hay uno solo (y si lo hay es una rara excepción) que en ese *mare magnum* de brujas, arbitristas y desheredados, no tenga alguna vez una *bolichada* que ha esperado con una constancia de gato, durante seis meses.

En suma, esta numerosa familia vive haciendo el mayor mal posible á la sociedad, sin servirle jamás de nada.

Son los oposicionistas sistemáticos de to-

do gobierno y de toda autoridad; no son ni contribuyentes, ni productores; fomentan el descontento y el desprestigio, censuran todo lo que no está á su alcance, se vengan de su mala suerte hiriendo al que está bien, y se nutren con la reputación ajena; ni leen, ni se instruyen, no respetan ninguna superioridad, discuten magistralmente, y le echan la culpa al país de lo que les sucede personalmente; para ellos nunca está bien nada, siempre hay mucha miseria y todo está malo, todo está abatido, y es porque un resto de conciencia los obliga á culpar al gobierno, al país, á los ricos y á todos menos á sí mismos; buscan la causa de sus males, que son solo el resultado de su inutilidad y de su pereza, en los acontecimientos públicos y en los que gobiernan; porque todavía no ha habido para ellos un gobierno tan paternal que los haga ricos para siempre.



CAPÍTULO XIII.

CONTINUA LA IMPORTANTE MATERIA
TOCADA EN EL CAPÍTULO ANTERIOR.
EL PAUPERISMO.

L desnivel entre productores y consumidores, especialmente si se trata de la mujer, cuya educación se ha descuidado tanto hasta aquí, está produciendo ya los funestos frutos que era preciso recoger.

Todos los excedentes, todas esas hojas sueltas simplemente consumidoras, pesan sobre la familia, usurpando la parte del que la disfruta legítimamente y rebosando la